

Fernando Betancourt Martínez

Historia y lenguaje.

El dispositivo analítico de Michel Foucault

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/
Instituto Nacional de Antropología e Historia

2006

152 p.

ISBN 968-36-9919-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de diciembre 2014

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/lenguaje/foucault.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

ENTRE LA ESCRITURA Y EL DESEO: UN NUEVO ESPACIO DE PRODUCCIÓN

La literatura como obra, es decir, experiencia del lenguaje que se manifiesta en su propio ser y al mismo tiempo espacio de despliegue de su exterioridad, nos advierte de un fenómeno crucial: el privilegio absoluto de la escritura. La modernidad es la época en que este privilegio se asienta y generaliza. Si bien hasta antes del siglo XVII la escritura había sufrido varios procesos de transformación y cambio, por ejemplo, el surgimiento de una literatura “cortesana” que pretendía diferenciarse de la escritura religiosa, la utilización de las lenguas “vulgares”, la aparición de la imprenta, etcétera, no es sino hasta el siglo XIX cuando se desemboca en un cambio sustancial: aquel que determina la desaparición de un mundo dominado por la oralidad y su sustitución por un mundo nuevo en el que la escritura se convierte en la forma dominante de comunicación. Este cambio trae aparejadas transformaciones “en los modos de percepción: de un mundo que giraba en torno de la mirada, el gesto y la voz —la teatralidad— a otro donde lo único que queda es la conciencia como pura inmaterialidad. Del texto a la conciencia sin la mediación de la voz”.¹

Mirada, gesto y voz convocan al cuerpo como elemento central propio de una cultura oral. Cuerpo de la mirada que ve en las cosas, en la naturaleza, los signos dispuestos por Dios como marcas visibles y silenciosas, pero, en todo caso, accesibles; la naturaleza es como un gran libro pues el lenguaje está depositado en el mundo, de suerte que naturaleza y lenguaje se llaman una al otro incesantemente, se implican a cada paso. Pero se reconoce que lenguaje y mundo no pertenecen a la conjunción de un único estrato, de tal manera que por eso se necesita acudir a las artes de la similitud y de la semejanza, siendo éstas las formas por las cuales mundo y lenguaje pueden concordar bajo la fuerza de la interpretación, pues si bien los signos están depositados en las cosas para hacerlos hablar, hay que trabajarlos, es decir, descifrarlos por medio de la magia y de la erudición.

¹ Alfonso Mendiola, *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica*, p. 48.

...Divinatio y Eruditio son una misma hermenéutica. Que, sin embargo, se desarrolla según figuras semejantes, en dos niveles distintos: la una va de la marca muda a la cosa misma (y hace hablar a la naturaleza); la otra va del grafismo inmóvil a la palabra clara (devuelve la vida a los lenguajes dormidos). Pero así como los signos naturales están ligados a lo que indican por la profunda relación de semejanza, así los discursos de los antiguos son la imagen de lo que enuncian; si tienen para nosotros el valor de un signo es porque, en el fondo de su ser, y por la luz que no deja de atravesarlos desde su nacimiento, se ajustan a las cosas mismas, en forma de espejo y de emulación [...] Por doquier existe un mismo juego, el del signo y lo similar y por ello la naturaleza y el verbo pueden entrecruzarse infinitamente, formando para quien sabe leer, un gran texto único.²

Mirada y verbo se implican necesariamente y esto es así porque la voz es el modo de transmisión que permite dar a conocer los secretos que descubre esa hermenéutica. Leer supone el ejercicio de la voz, leer requiere hacerse oír para acercar a los otros los mensajes descubiertos que provienen de ese gran texto de la naturaleza y de los otros libros que, finalmente, forman parte de ese gran texto primero. Leer en voz alta pertenece al campo de la gestualidad: incluye aspectos tales como modalidad, entonación, uso del cuerpo en un ámbito teatral. Ahora bien, el ritmo de la voz deja aparecer otro elemento, la música, que juega aquí el papel de un auxiliar en esta puesta en escena; música que se mantiene enteramente dependiente de la palabra dicha y que provoca de manera natural una serie de movimientos corporales que hacen comparecer a la danza. Es, por tanto, un conjunto de la teatralidad que conduce al disfrute físico y psíquico. Por otro lado, la memoria en las culturas orales tiene un papel determinante, pues es la única barrera contra el olvido y esto vale tanto para el lector como para el que se mantiene en el nivel de escucha. Así como la lectura se convierte en un acto público y teatral, la memoria se convierte en signo del oído: forma de retención que sólo se cumple en la repetición incesante, en la actualización permanente de lo que se escuchó. Comprender, por tanto, es sinónimo de oír. La realización de esta suerte de mnemotécnica que se pone en juego en la transmisión de valores colectivos impone ciertas determinaciones: promueve la evocación, la persuasión de lo emotivo, antes que el análisis o el examen; forma del placer antes que forma pura del conocimiento reflexivo.³

² Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, p. 42.

³ Cfr. Sergio Pérez Cortés, "La escritura y la experiencia de sí", en *Crítica del sujeto*, p. 118-122.

Del discurso hablado al discurso escrito, es decir, objetivado en una permanencia material, media una distancia que inaugura, sin duda, cuestiones nodales para la cultura occidental moderna. Escribir no es un acto inocente incluso visto desde el modelo expresivista, sobre todo por la carga significativa con la cual es valorado de acuerdo a nuestro modelo cultural. Trabajo pleno, labor que colma un espacio, el ejercicio escriturístico sobrepasa al habla, la somete y la supera por ser vehículo para una conciencia racional y dominante. Sin embargo, para Michel de Certeau la situación es más bien a la inversa, la escritura y el espacio en el que ésta se despliega constituyen la condición de posibilidad para la noción moderna de sujeto y más que señalar una extensión colmada por su acción, expresa una carencia: “Un faltante nos obliga a escribir, que no cesa de escribirse en viajes hacia un país del que estoy alejado.”⁴ El proceso de la escritura es, desde la primera palabra puesta en el papel, el ejercicio de un duelo, de una ausencia como ley inscrita y silenciosa que obliga a postularla como apropiación; es, en ese sentido, la utopía moderna que se origina desde un límite insalvable.

La vinculación entre el deseo y el espacio escriturístico, entre un querer (*ausencia*) y un nuevo espacio de producción (*apropiación*), caracteriza la práctica moderna de la escritura. Para ella la voz se convierte en el lugar de los excesos, dominio de las *supersticiones*, como lo ejemplifica el caso de los místicos “deportados a la región de la fábula” (simbolización narrativa de una sociedad). Si la fábula habla “no sabe lo que dice, y es necesario esperar del escritor intérprete el conocimiento de lo que ella dice sin saberlo”.⁵ Destino parecido espera al salvaje (al loco, al pueblo, al pasado), pues su palabra es ahora desplazada de la enunciación hacia un nuevo ámbito en el que es transformada, producida de otra manera. De tal suerte que la etnografía tiene como misión decir (escribir) la verdad que el habla ignora. La historia moderna se muestra solidaria con tal empresa pues, como la etnología, se sitúa en la palabra del *otro* para transformarla según una serie de procedimientos *científicos* y presentarla como la *verdad del otro*. Con esto la escritura moderna pudo asumirse como ruptura de la tradición, porque, referida a un lugar social y a un conjunto específico de operaciones, constituye un espacio de fabricación. Si antes del siglo XVII la escritura decía el orden (verdad revelada), ahora lo construye (verdad producida). Tres rasgos estudiados por De Certeau quisiera destacar aquí respecto a esta práctica moderna: primero, el espacio mismo, la página; segundo, el texto como sistema; tercero, el progreso como eficacia social.

⁴ Michel de Certeau, *La fábula mística: siglos XVI y XVII*, p. 11.

⁵ *Ibidem*, p. 22-23.

La página en blanco, antes de cualquier otra determinación, se muestra como la condición misma para el saber moderno. Y ello porque inmoviliza las palabras en un espacio determinado, de tal modo que ya no son éstas palabras que vagan a la deriva y que tienen que ser retenidas por la acción de la memoria. Al ser conservadas en un espacio del que ya no se separan, las palabras se constituyen, precisamente, como tales. Al inmovilizarlas, la página se convierte en lugar de retención que sustituye al oído, implicando con ello una ruptura con la oralidad. Entonces, este espacio en blanco se reconoce como parte de una lógica más general de diferenciación: el conocer sólo alcanza su pertinencia si logra distanciarse tajantemente de todos aquellos elementos que se presentan ya extraños y que por eso enturbiarían su horizonte. El saber moderno tiene que diferenciarse de la emoción, de la capacidad inmediata de los sentidos (del oído y de la voz), y en ese sentido supone tomar distancia, a su vez, de la tradición y del cuerpo.

De la tradición, en la medida en que rompe con “el cosmos tradicional donde el sujeto quedaba poseído por las voces del mundo”.⁶ Del cuerpo, en tanto aísla a ese sujeto de sus propias pasiones al enfrentarlo a un espacio, la página, que se convierte en superficie autónoma para un hacer, teatro de operaciones que lo salvaguardan del mundo de las *ambigüedades*. A partir de esta distancia, el sujeto queda apropiado dentro de un campo de objetivación en donde no sólo el mundo se vuelve tratable, sino que él mismo, en tanto sujeto, es instituido como territorio de análisis. Entonces, ese lugar puede ser visto como ámbito de reconocimiento, de individualización, es decir, donde puede fundarse la unidad imaginaria del *yo*. Soledad de la conciencia frente al discurso que convierte al individuo en sujeto a partir de un espacio: la página es un lugar que, al establecerse, circunscribe un emplazamiento de producción para el sujeto.⁷ En este caso lo que se atestigua es la desaparición de la voz como elemento mediador; esta desaparición genera una situación en la que la comunicación se vuelve un problema, pues ahora se trata de un lenguaje que se realiza en la escritura, un hacer, mientras que la oralidad y sus determinaciones (el habla) es desplazada hacia los márgenes de este nuevo mundo. Anteriormente, el individuo se asumía como perteneciente a un orden mayor, un cosmos organizado que le asignaba un lugar al locutor; ahora ese lugar se ha perdido, se ha convertido en una *nada*, en un vacío “que empuja al sujeto a dominar un espacio, a plantearse a sí

⁶ Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano*. I. *Artes de hacer*, p. 148.

⁷ *Ibidem*, p. 151.

mismo como productor de escritura”; de tal manera que, “por perder su sitio, el individuo nace como sujeto”.⁸

Es en ese espacio donde se construye un texto, es decir, un sistema. Operaciones articuladas por una relación fundamental entre el espacio y el lenguaje, y que señala la emergencia misma de la escritura como artefacto. Es en el corazón de esta maquinaria donde se consagra la posibilidad de la reflexión y el análisis: las ciencias son, de un cabo al otro, empresas escriturísticas y con ello se indican los marcos de una práctica, de una producción. Si bien la página es un lugar, éste se transforma en un lugar de apropiación cuando ahí se produce un texto. Escribir es un acto, ante todo, de tipo productivo; “economía escrituraria” lo denomina Michel de Certeau, pues consiste en la puesta en marcha de un hacer que transforma una especie de materia prima y cuyo resultado es ya otra cosa. Fabricación de un mundo en el espacio de un texto. En la época “renacentista”, como la llama Foucault, la naturaleza es un libro por leer y con esta apreciación se indica que esa lectura era algo recibido, que no implicaba ninguna noción de actividad para un sujeto reflexivo.

En la época moderna la naturaleza y la sociedad entera se constituyen por medio de la escritura; naturaleza y sociedad se establecen al escribirse. De ahí la necesidad, paralela a la formación del lenguaje como objeto de un saber, de contar con lenguajes, más bien discursos escritos, que preservaran su carácter científico al purificarlos de las impurezas propias de la escritura cotidiana, de tal manera que fueran capaces de responder por la construcción de un conocimiento objetivo, es decir, alejado de lo fortuito, de lo aleatorio. De tal manera que las ciencias, concebidas como empresas escriturísticas, son llevadas al nivel de verdaderos artefactos que tienen por misión construir sistemas, estructuras de inteligibilidad, formaciones que permiten la apropiación de un espacio exterior. Ésta es la labor propia de una utopía en la que “el modelo de una racionalidad productivista” se funda “sobre el no lugar del papel”.⁹

El despliegue visual del discurso permite ejercicios de examen y crítica al tomar lo escrito como objeto diferenciable del contexto de la vida cotidiana; en ese sentido la dualidad sujeto-objeto es proyectada en el espacio del texto entendido como un dominio particular. Sólo entonces emergió la posibilidad de un “yo” reflexivo, autónomo e independiente; sólo entonces pudo aceptarse la idea, crucial en la historia de esta cultura, de la existencia de una conciencia que se gobierna

⁸ *Ibidem*, p. 151.

⁹ *Ibidem*, p. 148.

a sí misma y que descubre la razón de sus actos en sí. La filosofía, la historia, la ciencia en general, todo lo que pueda caber en la noción de saber moderno, es impensable sin el primado de la escritura, pues desde entonces y desde esa práctica, razonar y conocer son elevados al nivel de facultades intrínsecas de una conciencia, son asumidas como manifestaciones legítimas que se producen en el seno de un dominio: el del sujeto.

Si conocer es una búsqueda permanente, que no tiene fin y por tanto que nunca se cumple, esto se debe a que, como empresa de progreso, adquiere la forma de un andar sin término, sometido a la intensidad de un deseo que siempre se muestra insatisfecho: “caminar y/o escribir, tal es el trabajo sin tregua ‘impuesto por la fuerza del deseo, por el aguijón de una curiosidad ardiente a la que nada puede detener’”.¹⁰ Caminar y/o escribir son las máximas de nuestra cultura moderna que le dan, precisamente, su rango de occidental y de moderna. El conocer (esa “curiosidad ardiente”), al distanciarse de la voz, al subordinar la oralidad, sólo se transforma en viable en tanto que es escritura; en otras palabras, conocer se convierte en una tarea realizable porque hay la conducción de un proceso que va de la voz a la grafía. Escribir es, por tanto, construir un nuevo sustrato dentro de los márgenes de “un espacio propio, la página, fabricación de un texto que tiene poder sobre la exterioridad de la cual, previamente, ha quedado aislado”.¹¹ Con esto se pretende lograr una “eficacia social” remitiéndose a una realidad exterior al discurso con el fin de actuar sobre ella. Podría decirse de otra manera: al escribir el mundo, lo produce como texto. Pero no es sólo la sociedad entera la que se produce de esta manera, sino el cuerpo mismo de los individuos, pues ahí también se escribe la “ley”. Por tanto, la escritura es el soporte que liga dos procesos simultáneos: en primer lugar, la formación de un *yo* entendido como lugar de la conciencia racional; en segundo, la pertinencia de un conocimiento humano del mundo. Lo que surge de tal confluencia, y surge como “problematización”, es la noción de temporalidad. La conciencia moderna del tiempo, aquella que ve en la actualidad la fuente de su propia consistencia inestable, aquella que mira al pasado como tradición de la que hay que tomar distancia y

¹⁰ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 15. En este mismo texto (p. 11-12) y con relación a la dualidad que se establece entre el sujeto y el objeto, De Certeau escribió lo siguiente: “Partiendo de una ruptura entre un sujeto y el objeto de su operación, entre un querer escribir y un cuerpo escrito (o por escribir), la escritura de la historia fabrica la historia occidental. La escritura de la historia es el estudio de la escritura como práctica histórica.”

¹¹ Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano*, p. 148.

que al mismo tiempo mira al futuro como apertura que siempre se le escapa, se eleva como problema en el seno de la escritura occidental.

De este modo, en el interior del lenguaje, más exactamente en este pliegue de las palabras en el que se reúnen el análisis y el espacio, nace la posibilidad primera, aunque indefinida, del progreso. En su raíz, el progreso, tal y como fue definido en el siglo XVIII, no es un movimiento interior de la historia, sino el resultado de una relación fundamental entre el espacio y el lenguaje.¹²

Ahora bien, ¿de qué manera puede determinarse el acercamiento de De Certeau al estudio de la práctica escriturística? En tanto práctica, es decir, teatro de operaciones, la escritura establece la necesidad de atender a su propia historicidad, destacando aquellos elementos (diferenciaciones) que la posibilitan como producción de sentido. Estas diferenciaciones son: “1) la del presente con el pasado, 2) la del progreso con la tradición y, por último, 3) la que se da entre trabajo y naturaleza y que se remite a la separación entre discurso y cuerpo social”.¹³ Pero estos tres puntos, campo sobre el que la sociedad instituye la operación textual como forma de dirimir su propia identidad, son producto de un equívoco originario: aquel que pretende ocultar la alteridad bajo los términos de una apropiación (colonización), reduciéndola a formas que puedan ser pensadas a partir del esquema de lo *mismo*. Pero así como lo rechazado regresa para el psicoanálisis como inconsciente, de la misma manera se produce un retorno, en el corazón mismo de la historia, de aquello de lo que quiso distanciarse: la literatura.

A contrapelo de la yuxtaposición entre mundo de la ficción (literatura) y mundo de la verdad (ciencia), propia del siglo XIX, ahora se reconoce la necesidad de repensar su relación. “Yo muestro de inmediato mi tesis: la literatura es el discurso teórico de los procesos históricos. Ella crea el no-lugar en donde las operaciones reales de una sociedad acceden a una formalización.”¹⁴ Es así que la historia toma de la literatura su capacidad explicativa, esto es, el historiador que busca *la verdad del pasado* sólo puede alcanzarla utilizando unidades narrativas, introduciendo, con ello, elementos de ficción bajo la forma de estructuras textuales. La historia, como las otras escrituras, pulula sin cesar en los laberintos de la biblioteca. Toma de ésta la fuerza imaginativa que la proyecta como saber, pues participa de las reglas

¹² Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, p. 118.

¹³ Alfonso Mendiola, “Michel de Certeau: la búsqueda de la diferencia”, p. 24.

¹⁴ Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis*, p. 98.

silenciosas que constituyen el mundo a partir de lo que ha sido escrito. Sin embargo, en este espacio moderno de la biblioteca, que diagrama los circuitos de lo escrito, es donde se lleva a cabo la ceremonia de un duelo, es decir, de una pérdida y de un exilio: lo real, aquello que se encuentra siempre inaprensible del otro lado de sus muros. La biblioteca, entonces, es el escenario donde rige el simulacro y, por consiguiente donde la verdad se produce, se fabrica. No pertenece ésta a la esfera de una intimidad lejana y evasiva; es, habrá que reconocerlo, resultado, producto de un “trabajo histórico, crítico, económico. Compete a un querer hacer”.¹⁵

La escritura muestra, entonces, el rostro de una voluntad de verdad, deseo que se manifiesta menos en la aprehensión de un estado de cosas, en la comprensión lograda de un orden anclado en el mundo real, que en la proyección de una voluntad de decir, en una voluntad de escribir el mundo, de construir el mundo al escribirlo. Y así “llegó un día en que la verdad se desplazó del acto ritualizado, eficaz y justo, de enunciación, hacia el enunciado mismo”.¹⁶ El texto se convirtió en el territorio en el que la verdad se vuelve posible en virtud de una escritura que, de repente, alcanzó el poder de fabricarla: la voluntad de verdad se constituye y se afirma como discurso verdadero.

¿Qué es lo que se pone en juego en la escritura de Foucault y de De Certeau? Si pensamiento y lenguaje se encuentran implicados de tal manera que es imposible enfrentar al primero sin reconocer la problemática que envuelve al segundo, tendría que partirse de una situación tal que asuma que el límite de nuestro pensamiento se deja ver en el acto de la escritura. Es posible reconocer que en los textos de estos dos intelectuales hay un esfuerzo por delimitar diferentes estratos, proceso que intenta construir un aparato, un dispositivo, un conjunto multilíneal compuesto por elementos de diferente naturaleza en desequilibrio constante. Acercamientos, alejamientos, variaciones, derivaciones, marcan menos los contornos definitivos que las rutas esquivas de esas líneas que de repente se hunden, se quiebran, se fracturan. El dispositivo evoca una máquina, en este caso, máquina de producción de enunciados, de escrituras cuyos trazos generan efectos diversos, distintos. El uso persistente de la metáfora, la utilización de la paradoja como mecanismo desplegado, señalizaciones todas de un discurrir que huye de la linealidad. Sí, en efecto, escritura-labirinto, “jardín de senderos que se bifurcan”, pero también escritura como método, pero también una poética... Ver y escribir, ¿es todavía creíble

¹⁵ *Ibidem*, p. 150.

¹⁶ Michel Foucault, *El orden del discurso*, p. 16.

que la misión del intelectual sea clarificar, ilustrar, hacer ver, iluminar algo, volverlo transparente por medio de una escritura? Nociones todas que son recortadas sobre la fuerza de la *luz*. ¿No será éste, también, el lugar donde juega incesantemente un equívoco?

Foucault sigue a Nietzsche de diversas maneras, pero una que me parece central tiene que ver con la abolición de la distinción platónica entre mundo real y mundo aparente.¹⁷ La escritura, en la lógica de esa distinción, sería vista como el instrumento adecuado para traspasar la superficie de aquello que sólo resulta aparente, trabajo que permite acceder a la *esencia* del mundo real. De ahí la necesidad de contar con conceptos totalmente adecuados, esto es, conceptos que comprendan, de forma idéntica y total, el contenido que subsumen, conceptos, entonces, que contengan una gran capacidad de representación. Tanto De Certeau como Foucault pretenden enfrentarse a tal pretensión y la forma de hacerlo pasa por el mecanismo de su escritura. Escrituras que quieren escapar a la lógica de la reducción y de la simplificación, palabras que estallan al asumir que no hay una revelación última de la verdad, que no existe la forma de acceder a la interpretación final y privilegiada que lo diga ya todo. La escritura es una experiencia que no clarifica en el sentido de la distinción platónica, experiencia que se asume como producción y como juego de una pluralidad de sentidos que arruinan cualquier lógica fundada sobre el principio de la correspondencia; experiencia lúdica que más que permitir el reconocimiento alienta la posibilidad de perderse en el juego mismo.

Ahora bien, si ya no es posible encontrar las marcas tenues de lo que fue una relación privilegiada entre la palabra y el oído, palabra dicha, gritada, cantada; si ahora sólo es posible vivir la experiencia que se desprende de otra relación, ésta sí privilegiada y tirana, entre la palabra y el silencio, entre la escritura y la soledad, se podría sostener que tal experiencia sólo se cumple bajo la forma de un simulacro. Si la literatura, lenguaje apresado en la dimensión de un espacio, tiene como rasgo central poner en práctica una simulación, tal atributo es fundamental para esa empresa de la verdad que es la escritura occidental. Simulación y voluntad de verdad son partes de un mismo proceso que se manifiesta en la voluntad de escritura. Pero ¿en qué consiste esa dimensión de simulacro propia de la labor de escribir la verdad del mundo, de producir un mundo verdadero? Es simulacro en tanto que presume convertir lo absolutamente indeterminado en lo extremadamente determinado, en fundar el mundo como escritu-

¹⁷ Cfr. Michel Haar, "Friedrich Nietzsche", p. 402-405.

ra, en querer apresararlo y ordenarlo en un espacio limitado. La simulación se dibuja en el momento en el que la escritura pretende separar, aislar, el lenguaje del mundo. Retirada que, al espaciar la distancia, permite producir el mundo como sistema escriturístico, suponiendo o queriendo mostrar, al contrario, que en realidad lo que hace tal operación de retirada es transparentarlo, volverlo inteligible, convertirlo en un pensable sólo determinado por sí mismo pero susceptible de expresión lingüística. Operación que es posible por la mediación de una escritura que se adapta a la realidad; escritura, entonces, mostrada como mero instrumento de una razón ya sin cuerpo. Así, la verdad, que radica en el exterior de la escritura, es representada fielmente como escritura verdadera. Y de nueva cuenta doble simulacro, pues al mismo tiempo que se instaura o, más bien, que aparenta instaurar la posibilidad de transparentar el mundo por las artes de una escritura, se le quiere dar la prerrogativa de constituirse a sí misma como el lugar en el que la identidad del sujeto se vuelve pertinente.

La historia como escritura participa de este doble simulacro: lugar que da cuenta del pasado del mundo en tanto realidad, lugar que atiende a la construcción paciente de las identidades. Recordémoslo, la identidad sólo es posible en el enfrentamiento con el Otro (el pasado), pero ese Otro no puede más que constituirse desde el lenguaje; se despliega en el orden mismo de la palabra. Es por eso que la otredad sólo puede perfilarse en la sucesión temporal en la que es narrada. Pero se descubre que entre narratividad y realidad contada lo que se establece no es una relación de adecuación o correspondencia, de tal manera que la memoria no se sujeta a lo vivido; más bien, lo recrea y con esto se denota el funcionamiento moderno de la ficción en el corazón desnudo de la historia. Puede entonces decirse que la ficción en la historia se establece a partir de la disyunción nunca superada entre memoria y vida, entre narración y aquello que es contado.

En la historia, por tanto, se lleva al límite la función de la escritura, en la medida en que se pretende un acceso a la realidad pasada por medio de documentos que no son otra cosa que escrituras, escrituras sobre escrituras, en una acumulación sin fin pero de la cual no puede escapar y que es la forma misma a partir de la cual se lanza como actividad productiva. Al contar el pasado como realidad lo que hace es que termina produciendo la realidad como pasado: es entonces una escritura eficaz, porque “pretendiendo contar lo real, lo fabrica”.¹⁸ Aquí lo que se notifica es una cuestión central para la cultura

¹⁸ Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis*, p. 59.

moderna, aquella que se desarrolla a partir del siglo XIX: la historia, en tanto escritura, se convierte en el espacio privilegiado desde el cual se vuelve posible el reconocimiento de ella misma; la historia es elevada al nivel de figura que proyecta una autoconstatación, espacio a partir del cual es posible la autocomprensión de sí. Por ello puede decirse que la modernidad es la edad de la historia en la medida en que pretende conjugar escritura e identidad, obra y vida.

Pero esta modernidad es también la edad del hombre, es decir, del juego de una duplicación incesante, al mismo tiempo que fuente de inestabilidad, entre el ser del hombre y la configuración de su experiencia finita, entre lo empírico y lo trascendente; lo impensado como condición que lo obliga a encarar su propia extrañeza frente al mundo y a sí mismo, y el cogito lúcido al que aspira. Duplicación que se levanta sobre el perfil de una inestabilidad originaria: por un lado, un deseo de totalidad y unidad del mundo y del ser del hombre; por otro, la constancia de la diferencia. En suma, hombre que se divide como sujeto y objeto bajo los términos de una interrogación vital.¹⁹ Es así que la historia se ve constreñida a la obligación, frente a ese vitalismo como interrogante, de poner en marcha la construcción de una identidad narrativa que le dé rostro, que establezca fronteras más o menos claras sobre las cuales la figura de hombre pueda labrarse un lugar propio. Es entonces el espejo en el que la modernidad se mira, logrando con ello diferenciarse de aquello que la precedió (la tradición). Pero no deja de ser ésta una mirada preñada de extrañeza, pues toda identidad supone siempre una distancia desde la cual se constituye: es una apertura dada desde el límite del lenguaje. Así que eso que mira, es decir, escribe, es sólo un reflejo, quizá el mismo reflejo que vio Narciso. En este tránsito hacia el dominio de la escritura, la cultura occidental pudo edificarse a sí misma; devino autoconsciente de sí, al dotarse de una historia reconocible; tuvo una historia porque se puso a escribir su historia. En suma, lo que se descubre es la confluencia de un conocimiento, de un saber proyectado como apropiación, y de una escritura como sistema productivo; y a partir de esta confluencia es como la modernidad pudo por fin desplegar su dominio.

¹⁹ *Vid. Infra*, c. "Antropología e historicidad: el campo de la finitud".

